

Pilato y Jesús

Giorgio Agamben

Pilato y Jesús

Traducción de María Teresa D'Meza
Revisión al cuidado de Flavia Costa



Adriana Hidalgo editora

PILATO Y JESÚS

1. El *sýmbolon*, el “Credo” en el cual los cristianos resumen su fe, contiene, junto a los nombres de “Jesucristo [...] nuestro Señor” y de la “Santa María virgen”, sólo otro nombre propio, por completo ajeno –al menos en apariencia– a su contexto teológico. Se trata, además, de un pagano, Poncio Pilato: “*stauróthenta te hypèr emòn epì Póntiou Pilátou*”, “crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato”.¹ Este nombre no estaba mencionado en el “credo” que los Padres habían formulado en Nicea en el año 325. Fue agregado en el 381 por el Concilio de Constantinopla, según toda evidencia, para fijar incluso cronológicamente el carácter histórico de la pasión de Jesús. “El credo cristiano –se ha observado– habla de procesos históricos. Poncio Pilato figura en él por razones esenciales y no es sólo un pájaro de mal agüero al que por casualidad le tocó estar por aquellos lugares” (Schmitt, p. 253).

Se da por descontado que el cristianismo es una religión histórica y que los “misterios” de los que habla son también, ante todo, hechos históricos. Si es cierto que la

¹ Para la traducción de los textos sagrados, nos hemos apegado al original italiano a fin de conservar las versiones de estos elegidas o incluso traducidas por el propio autor [N. de T.].

encarnación de Cristo es “un acontecimiento histórico de infinita, inapropiable e inocupable unicidad” (ibíd.), entonces el proceso de Jesús es uno de los momentos claves de la historia de la humanidad, en el que la eternidad se cruzó con la historia en un punto decisivo. De allí que resulta urgente la tarea de comprender cómo y por qué este cruce entre lo temporal y lo eterno, y entre lo divino y lo humano, asumió precisamente la forma de una *crisis*, o sea, de un juicio procesal.

2. ¿Por qué precisamente él, Pilato? Una fórmula del tipo *Tibériou káisaros* –que se lee en las monedas acuñadas por Pilato y tenía para sí la autoridad de Lucas, que así data la prédica de Juan (Lc 3, 1)– o *sub Tiberio* (como Dante le hace decir a Virgilio: “nacé *sub Iulio*”, *Inf.*, 1, 70) estaría tal vez más en consonancia con el uso. Si los padres reunidos en Constantinopla prefirieron a Pilato por sobre Tiberio, al prefecto –o, como prefiere llamarlo Tácito (*Ann.* XV, 44), en uno de los pocos testimonios no bíblicos que mencionan su nombre, el “procurador” de Judea– por sobre el César, es posible que por sobre el indudable intento cronográfico haya prevalecido la importancia que la figura de Pilato tiene en la narración de los Evangelios. A través de la detallada atención con la que sobre todo Juan, pero también Marcos, Lucas y Mateo, describen sus vacilaciones, sus tergiversaciones y cambios de opinión –al referir sus palabras, a veces decididamente enigmáticas, al pie de la letra–, los evangelistas revelan quizá por primera

vez algo así como la intención de construir un personaje, con su psicología y su lenguaje propio. Es lo vívido de ese retrato lo que le hace exclamar a Lavater en una carta de 1781 a Goethe: “Encuentro en él todo, Tierra e infierno, virtud, vicio, sabiduría, locura, destino, libertad: él es el símbolo de todo en todo”. Puede decirse, en este sentido, que tal vez Pilato es el único verdadero “personaje” de los Evangelios (Nietzsche lo definió en *El Anticristo*: “la única figura –Figur– del Nuevo Testamento digna de respeto”), un hombre de quien conocemos las pasiones (“se maravilla mucho”, Mt 27, 14; Mc 15, 5; “tiene mucho miedo”, Jn 19, 8); el resentimiento y la oscuridad (como cuando le grita a Jesús, que no le respondía: “Ah, ¿no me hablas? –*emoi ou laleis!* – ¿No sabes que puedo liberarte o hacer que te crucifiquen?”); la ironía (al menos según algunos, en la tan afamada réplica a Jesús: “¿Qué es la verdad?”); la hipócrita escrupulosidad (de la cual dan fe tanto el suscitar una cuestión de competencia con Herodes como el ritual de lavado de manos con el que cree purificarse de la sangre del justo condenado); la ira (el perentorio “lo que he escrito, lo he escrito” a los sacerdotes que le piden cambiar la inscripción en la cruz). Conocemos someramente también a su mujer, que durante el proceso le manda a decir que no condene a Jesús, “porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa” (Mt 27, 19).

3. Sobre esta vocación para devenir personaje cabe recordar a Mijaíl Bulgákov, en las estupendas historias sobre

Pilato que el diablo relata en *El maestro y Margarita*, y a Alexander Lernet-Holenia, en la grandiosa farsa teológica incluida en *El Conde de Saint-Germain*. Pero también habla de ello hace muchísimo tiempo, en los textos del Nuevo Testamento que con obstinación se insiste en llamar “apócrifos” (el término, que ha terminado por significar “falsos”, “no auténticos”, en realidad significa simplemente “ocultos”), la presencia de un verdadero ciclo de Pilato. Ante todo, en el Evangelio de Nicodemo (Moraldi, pp. 567-588), donde el proceso de Jesús es puesto en escena de modo mucho más detallado que en los Evangelios sinópticos. Cuando Jesús es presentado por Pilato, las banderas que sostienen los portaestandartes se inclinan milagrosamente ante él. En el proceso intervienen además doce prosélitos que dan testimonio –contra la acusación de que Jesús era “hijo de la fornicación”– de que José y María habían contraído matrimonio, y Nicodemo, quien también da testimonio a favor de Jesús. En general, todo el proceso aquí es presentado dramáticamente como una discusión entre los acusadores judíos, que son nombrados uno por uno (Anás, Caifás, Semes y Dothaim, Gamaliel, Judas, Leví, Alejandro, Neftalí y Jairo), y Pilato, que se muestra a menudo fuera de sí y que está casi abiertamente de parte de Jesús, también porque su mujer “es devota de Dios y simpatiza con los judíos”. El diálogo con Jesús sobre la verdad, que en los sinópticos termina de manera brusca con la pregunta de Pilato, aquí, como veremos, continúa y adopta un significado totalmente diferente. De ahí que sea tan inesperado el modo en que Pilato cede al

fin a las insistencias de los judíos cuando, presa de un súbito temor, ordena que Cristo sea flagelado y crucificado.

4. La leyenda sobre Pilato (los llamados *Acta* o *Gesta Pilati*) se constituye según dos líneas divergentes. Primero que todo, una leyenda “blanca”, de la que dan fe las cartas pseudoepígrafas a Tiberio y la *Paradosis*, según la cual Pilato, junto a su mujer, Procla, habría comprendido la divinidad de Jesús, y sólo por debilidad había cedido a la insistencia de los judíos. De esta leyenda testimonia Tertuliano al escribir que Pilato había sido obligado a hacer crucificar a Jesús por las violentas presiones de los judíos (*violentia suffragiorum in crucem dedi sibi extorserint*), pero dado que “ya en su fuero interno era cristiano” (*pro sua conscientia christianus*), le había informado con una carta al Emperador acerca de los milagros y la resurrección de Jesús (*Apol. XXI, 18-24*). La *Paradosis* (algo así como la “entrega”, pero también la “tradición”)² de Pilato

² En italiano, como en castellano, los términos *tradizione* (“tradición”) y *tradimento* (“traición”) provienen del mismo origen latino, *tradere*: “dar”, “consignar”, “transmitir”, “entregar”. (El verbo *tradire*, en efecto, significa hoy “traicionar”, incluso en el sentido de transmitir de manera incorrecta). Con una diferencia entre ambas lenguas: en italiano, existe una acepción poco común de *tradizione* que equivale a *tradimento*. El autor pone énfasis, a lo largo de todo el texto, en ese origen común y en esa doble valencia del término italiano. Dado que en castellano esta doble acepción no existe, traduciremos siempre “tradición” cuando el autor escribe *tradizione* y utilizaremos “traición” cuando figure *tradimento*. En cuanto a *consegna* (en griego, *parádoxis*), que es otro término que atraviesa el texto, lo traduciremos generalmente como “entrega” y, cuando consideremos que se ajusta más al uso habitual en castellano, como “consigna” [N. de T.].

presupone la redacción de esa carta (de la que existen numerosas versiones, todas, como es obvio, falsas) y comienza precisamente con la indignación de Tiberio tras la lectura del mensaje (Moraldi, pp. 717-723). Tiberio hace llevar a Pilato encadenado a Roma y le pregunta cómo ha podido crucificar a un hombre al que sabía autor de tan grandes prodigios. Pilato se justifica acusando a los judíos y se declara convencido de que Jesús “era superior a todas las divinidades que adoramos”. Es decir, la leyenda blanca de Pilato lo presenta, paradójicamente, como un secreto modelo del cristianismo contra los judíos y los paganos. Así lo demuestra la autodefensa que Pilato le dirige a Jesús cuando Tiberio decide castigarlo con la decapitación:

Señor, no me confundas con estos miserables judíos en la destrucción. Ya que, si he levantado la mano contra ti, lo he hecho obligado por esa multitud de judíos que me atormentaba: pero tú sabes que he actuado por ignorancia. No me condenes, pues, por este pecado, sino perdóname y perdona así también a tu sierva Procla, que está a mi lado a la hora de la muerte y a quien tú has destinado a profetizar tu crucifixión. No la condenes por mi falta, sino ten piedad e inclúyenos entre tus justos.

Y cuando Pilato, ya cristianizado, termina su súplica, se escucha desde el cielo una voz que anuncia su salvación:

Todos los pueblos y todas las generaciones proclamarán tu felicidad, porque bajo tu gobierno se han cumplido las

profecías que tenían que ver conmigo. Y tú, mi testigo, aparecerás en mi segunda venida, cuando juzgue a las doce tribus de Israel y a aquellos que no confiesan mi nombre.

Pilato entonces es decapitado, pero un ángel recoge su cabeza cortada. Procla, mientras ve al ángel que eleva al cielo la cabeza, “llena de beatitud, emitió el último suspiro y fue sepultada junto a su marido por voluntad de nuestro Señor Jesucristo”.

La cristianización de Pilato toca su cima en el Evangelio de Gamaliel, conservado en una versión etíope. Aquí se lee que

Pilato y su mujer amaban a Jesús como a ellos mismos. Él lo había hecho flagelar para complacer a los malvados judíos, para que sus corazones se dispusieran más favorablemente y lo dejaran ir sin condenarlo a muerte (Moraldi, p. 662).

En efecto, los judíos lo habían engañado, al haberle hecho creer que, si lo castigaba de ese modo, ellos lo dejarían ir. Por eso, después de la crucifixión, Jesús se le aparece en sueños a Pilato (“su resplandor superaba el del sol y toda la ciudad fue iluminada por este, a excepción de la sinagoga de los judíos”) y lo consuela, diciendo: “Pilato, ¿lloras quizá porque hiciste flagelar a Jesús? ¡No temas! Se ha verificado, en efecto, lo que sobre él se había escrito” (ibíd., p. 673).